

Universidad e integración latinoamericana

Hugo E. Biagini

*Qué desgraciado el país donde sus
estudiantes no hacen temblar el mundo.*

Juan Montalvo

*La universidad no es un cónclave
misterioso de iniciados, sino el
vínculo para orientar la capacidad
del hombre y la sociedad frente a la
naturaleza, contribuyendo a la
felicidad de los hombres sobre la tierra.*

José Ingenieros

El sentido básico de la integración

El nuevo fenómeno de la integración regional o subregional en América latina puede ser concebido desde dos ópticas o intereses disímiles.

Un enfoque vigente hace hincapié en el carácter hegemónico de la integración, como forma de mantener la dominación y aumentar las desigualdades. Se trata de una modernización conservadora que, mientras reproduce modelos diseñados en países capitalistas centrales, adopta un discurso redentorista, pseudocientífico, tecnocrático, neoliberal. Allí aparece postulado el inalcanzable mundo feliz, sin grandes privaciones y con tiempo libre para todos aquellos que respondan a la hueca consigna de subirse al tren del progreso.

El otro modo de integración se propone contribuir al desarrollo social y nacional. Frente a la modernización excluyente se insinúa aquí una actitud crítica y democrática. La universidad, como utopía viable, cumple, en este contexto, una función orientadora primordial para evitar la dependencia excesiva en el orden cultural, tecnocientífico, etc. Obviamente, no se piensa en esa clase de universidades-enseñaderos, verdaderos cementerios de conciencia al servicio de los grupos más privilegiados, del individualismo y la libre empresa, sino en aquellas casas de estudio no domesticadas que, pese a contar en la actualidad con menores recursos, continúan siendo los carriles fundamentales en la generación de conocimientos, la formación de profesionales y la consabida extensión comunitaria.

En síntesis, las políticas auténticas de integración deben suponer no sólo la unificación de los mercados sino también el ensamblaje cultural y socio-político, con democracia participativa, derechos humanos y justicia social. En tal sentido, juegan un papel decisivo los partidos populares, los pequeños y medianos productores, las ONGS y los movimientos cívicos, con un liderazgo especial a cargo de la universidad y las agrupaciones estudiantiles, en estrecha conjunción frente al implante del neoconservadorismo.

Precedentes

A diferencia de lo ocurrido con fenómenos como los de la Comunidad Europea o el Nafta, la idea latente de una gran nación americana exhibe una tradición teórica y activa que, desde los tiempos de la Independencia, ha sido sostenida por diversos expositores y corrientes cuya divulgación ha dado lugar a una vastísimo *corpus* literario y político junto a una exégesis no menos frondosa.

La misma gesta emancipadora fue visualizada como un gran esfuerzo continental, como una revolución americana:

Bastaba haber nacido en América -escribe Alejandro Magnet- para poder actuar en cualquier parte del continente como oriundo de Ella. Los ejemplos son innumerables. Hubo oficiales argentinos al mando del ejército chileno y centenares de voluntarios chilenos...pelearon por la libertad del Plata como la del propio país. Parecida solidaridad se manifestó en las luchas que tuvieron como escenario la Nueva Granada y Venezuela, alternativamente. Luchando por la emancipación del continente se trabajaba por la de la patria pequeña (Roubik y Schmidt, 7)

Pese a las presiones externas y locales que terminaron por imponer la división territorial, comienza a insinuarse por aquella época la idea de una patria y de una ciudadanía comunes, la concepción de América Latina como un mismo país diferenciado de España, el credo sobre la unión moral de nuestras repúblicas y sobre una Federación de Estados Hispanoamericanos.

Con la generación de 1900, se reanudan los planteamientos indoamericanistas y se buscan modelos culturales que surjan del propio medio circundante, tomándose a la concreto como punto de partida de lo universal. En tal sentido, si bien hubo casos paradigmáticos como el Ateneo de la Juventud en México, dichos planteos no sólo exhibieron una faceta intelectual sino que también adoptaron ribetes institucionales específicos, por ejemplo, a través de gestiones presidenciales como las de Hipólito Yrigoyen, inclinado hacia una política exterior de neutralidad y autodeterminación, de confianza en nuestro común destino latinoamericano.

Esa línea de pensamiento será vigorizada por los reformistas cordobeses de 1918. Deodoro Roca cuestiona los extravíos evidenciados durante la Colonia y el siglo XIX cuando se transitaba por la tierra de América sin vivir en ella-, mientras destaca la actitud de las nuevas generaciones que, sin cerrarse a la cultura mundial, se preocupan por los propios problemas y sienten como el mayor imperativo la urdimbre del hombre americano. Aquellos líderes juveniles creyeron que se estaba asistiendo en América a un ciclo civilizatorio distinto, de amplia democracia y con un cambio total en los valores humanos. Saúl Taborda y otros autores aludieron a la decadencia de Europa -sumida en el exhausto belicismo de los Estados nacionales- y a la aparición de una nueva estructura, la americana. Se propiciaba el nacionalismo continental para acabar con un estatuto factoril y para producir una revolución ecuménica. Con la unificación de Indoamérica el imperialismo sufriría un fuerte desequilibrio al no tener pueblos para sojuzgar, con lo cual se prepararía el fin del sistema capitalista.

El movimiento estudiantil ha tenido una enorme importancia en el desarrollo de la conciencia continental y universal, por haberse adelantado frecuentemente a las grandes cuestiones que luego se debatirían en la misma Organización de las Naciones Unidas.

Un descuidado pero importantísimo antecedente para la causa de la unidad y la solidaridad latinoamericanas lo brindan las reuniones internacionales de estudiantes como aquéllas que tuvieron lugar en el hemisferio sur antes de la guerra del '14 y bajo el empujado credo de la

juventud como un factor determinativo para el cambio histórico. Dichos eventos refutarían con creces algunas opiniones usuales como la de que "los estudiantes de América latina no habían realizado ninguna actividad coordinada y seria" con antelación a la mencionada contienda europea (Mazo, 1968, 2, 221).

En el primero de esos encuentros, realizado en Montevideo hacia 1908, se proclamó que había llegado la hora de la emancipación, del resurgimiento político y cultural, bajo el ideal común de la unión americana. Para lograr esa ansiada finalidad se sostuvo que debía recurrirse a la ciencia universal, pero partiendo de las necesidades de nuestros pueblos y desconfiando de los sectores consuetudinarios del poder (estado, iglesia, ejército).

Dos años más tarde, en la ciudad de Buenos Aires, se vuelven a dar cita los alumnos de las universidades americanas. Además de los asuntos académicos tratados, se denunció allí el mercantilismo, se exigió el sufragio universal y se aseveró que la juventud debía provocar una significativa reacción moral en el Nuevo Mundo. Asimismo, se exaltó el valor de la ayuda mutua frente al principio de la lucha por la existencia y el triunfo del más fuerte: si el siglo XIX ha simbolizado el siglo de la libertad, el XX habrá de representar el siglo de la asociación y de la universidad, en definitiva, del pensamiento y la ciencia. Un motivo recurrente fue el de la acción de los estudiantes junto con los obreros y los indígenas.

El último de los congresos internacionales celebrados en el Cono Sur, anteriores al ciclo iniciado en Córdoba por la Reforma Universitaria, se llevó a cabo en Lima hacia 1912. Recrudescieron entonces las objeciones a los gobiernos latinoamericanos, no sólo por descuidar la modernización de la enseñanza y la cultura sino también por su obsesión en combatir a los oprimidos. De allí que se haya redefinido el concepto de los jóvenes, como los que protestan contra la injusticia y, más precisamente, «los que sufren con el dolor anónimo de todos los desgraciados de la tierra»). Una impronta general de los congresos aludidos acentuó el papel de América como la tierra de los grandes sueños y heroicidades, como síntesis suprema y universal. Una profesión de americanismo que, en el Perú, se reflejó, v. gr., con las siguientes palabras:

El continente es el vínculo natural: es la solidaridad humana adaptándose a las grandes coordinaciones del planeta. Vosotros sois mejicanos o brasileros, peruanos o argentinos, por un accidente de la historia; pero sois americanos por la naturaleza. Y esa patria natural es inalterable, se

levanta sobre el cielo como las pasiones, no la pueden suprimir ni desmembrar las menguadas ambiciones humanas.

En las tres reuniones comentadas privó una tónica que no establecía mayores demarcaciones entre los distintos países y regímenes del continente americano. Un giro muy significativo se produce en cambio a propósito de otro precoz encuentro internacional, de mucho menor difusión: el Congreso de Estudiantes de la Gran Colombia, celebrado en Bogotá hacia 1910. Contando con la participación del alumnado de Ecuador, Venezuela y la nación anfitriona, se emite allí un documento de grueso calibre antiimperialista. Además de afirmarse que la alianza de esas tres repúblicas se extenderá a los otros puntos de Sudamérica, se niega la existencia de una solidaridad indispensable entre americanos del norte, del centro y del sur. En tal sentido, la denuncia principal está dirigida contra el monroísmo acomodaticio, mientras se opone "la noble defensa de los cóndores andinos" y la raza latina a la agresión de las águilas septentrionales. Semejante fervor llevó a los mismos integrantes de dicho cónclave estudiantil a presentarse como el primer núcleo de resistencia organizada y consciente frente a la política expansionista.

Cuántas lecciones podemos extraer de esta épica estudiantil que llegaría a uno de sus máximas expresiones cuando, en el México de 1921, con una alta representatividad, la juventud universitaria anuncia que luchará contra el nacionalismo y el militarismo, por una nueva humanidad, por asociaciones federativas regionales y por la integración de los pueblos en una comunidad universal -ideario que procuró plasmarse en una Federación Internacional y extenderse por los Estados Unidos y varios países europeos. Unos tres años después, Haya de la Torre, al hacerle entrega a los universitarios mexicanos la "Bandera de la nueva generación hispanoamericana", se sentía en condiciones de aducir:

El afán de unidad de los pueblos de nuestra raza fue en Bolívar ensueño precursor, más tarde, tema de discursos diplomáticos y ahora fe, credo, señuelo de nuestra generación. Con orgullo podemos afirmar, que nada ha sido más eficaz al propósito generoso de fundir en uno sólo a los veintiún pueblos indoamericanos [...] que la obra de las juventudes (Mazo, op.cit., 3, 94).

Simultáneamente, vendría esa formidable prédica levantada por la Unión Latinoamericana que impulsó José Ingenieros, quien anunciaba que la revolución universitaria -en tanto reorientación científica de los estudios, cogobierno y demandas populares- se proyectaba más allá de los "histriones

del patriotismo" por toda la América Latina y que la juventud que no se encuadraba con la izquierdas constituía una mera vejez sin canas. Dicha entidad, avalada por miles de estudiantes, reivindica una Reforma Universitaria integral, repudia el panamericanismo y la penetración capitalista, para propiciar una unificación jurídica, política, económica e intelectual que permitiera salvaguardar la soberanía y la libertad de nuestro continente austral.

Al cumplirse el centenario del congreso bolivariano, la Federación de Estudiantes de Panamá auspicia un encuentro multinacional que, pese a haberse impedido su realización, lanza un manifiesto con relevantes motivaciones para los jóvenes de esta "madre América", en tanto depositarios "del anhelo de fraternidad que palpita vital mente en el pecho de los pueblos indoespañoles" y como los únicos capaces de "darle relieve propio a la ideología de Hispano América, de señalar sus aspiraciones lejos del tutelaje mental y espiritual de intereses extraños". Así se pensó que el evento podría constituir un avance decidido por "la senda que conduce hacia la América una y libérrima, hacia esa América maravillosa que abrazará del Río Grande a Tierra del Fuego". Además de caracterizarse al hispanoamericanismo como un ideal de justicia comunitario, se trazó el siguiente objetivo:

Hay que encaminar nuestros mejores esfuerzos hacia la construcción de la universidad del porvenir, centro y motor, alfa y omega de todas las actividades sociales, expresión de la ideología que está en gestación en el seno de la América Hispánica (Mazo, 1968, 2, 136-7).

Ya en la década del treinta, tiene lugar en Montevideo, un Congreso Universitario Americano (1931), que constituye el primer encuentro de estudiantes con profesores y, entre otros asuntos, se repudian en sus sesiones los gobiernos de fuerza que comenzaban a pulular en el continente, violando la autonomía académica con el rumor de espuelas en el aula. En el congreso internacional de Costa Rica (1933), con la renovada presencia de la España republicana, el estudiantado se adelanta a propiciar la aspiración, aún incumplimentada, de la ciudadanía iberoamericana -unos 60 años antes de la creación de la Comunidad Iberoamericana de Naciones, cuyos logros reales todavía son objeto de dudosa expectativa. México vuelve a ser sede de grandes asambleas supranacionales: el Primer Congreso Iberoamericano de Estudiantes (1931), donde se promueve la ciudadanía universitaria para todos los claustros, un acuerdo para que los alumnos expulsados de su país por razones políticas pudieran continuar sus estudios en otras naciones junto a la creación de la Casa del Estudiante Iberoamericano; el Primer Congreso

de Estudiantes Antiimperialistas de la América (1936), que postula la formación de un Frente Popular, la Gran Central única de Trabajadores y una Agencia Interamericana de Información.

Por dos veces consecutivas, en 1937 y en 1943, se llevan a cabo en Chile sendos congresos estudiantiles, uno latinoamericano y otro con alcance continental. En el primero de ellos se resuelve conmemorar el 23 de mayo como el día del estudiante antiimperialista. El Tercer Congreso Latinoamericano, fomentado por la Federación de los Estudiantes del Perú, no pudo celebrarse -como se había previsto- en la ciudad de Lima para abril de 1948, por expresa prohibición oficial. En 1952 se intentó realizarlo en Río de Janeiro sin ningún suceso. Tras tantas interrupciones, el mismo se concretó en Montevideo hacia 1955, siendo sus principales animadores la Federación Universitaria de Uruguay junto con la corporación argentina y paraguaya. Asistieron también delegaciones de Brasil, Bolivia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, Panamá y México. Más allá de pomposas diplomacias, se aseveró que se estaba atravesando "la gran época de la cooperación internacional", de unión entre los pueblos subdesarrollados sin excluir a los países asiáticos y africanos, con los cuales se proyectó efectuar un congreso donde participarían sus propias organizaciones estudiantiles. Debía también reaccionarse contra esa palabrería que habla de América como tierra de promisión mientras se expolia bestialmente a la gente, censurándose la represión en esas latitudes y la entrega de las riquezas a los consorcios transnacionales. Severas condenas estuvieron dirigidas a Guatemala, por frenar la Reforma Agraria y expulsar a la Unión de Universidades Latinoamericanas que había sido fundada en esa nación centroamericana. Otros gobiernos abiertamente hostiles a la organización estudiantil, como el peronismo y el franquismo, recibieron duras impugnaciones. Para esa misma fecha, se aseveraba que el movimiento de la nueva generación por la unidad de América se propagaba por todo el continente.

Los años cincuenta finalizarían con los congresos estudiantiles latinoamericanos que se emprendieron en La Plata (1957) y en Caracas (1959). En este último encuentro no dejó de insistirse en la necesidad de una efectiva integración socio-política-económica de nuestra América -como paso previo a lo que debe acontecer con todos los pueblos del mundo- y se reanudaron las objeciones a Estados Unidos por sostener sistemas militares y feudales que resultan verdaderos obstáculos para viabilizar dicha integración. Hacia 1972, una encuesta que se hizo en la Argentina convalidaría tales admoniciones juveniles, pues, a diferencia de las respuestas favorables hacia la integración latinoamericana

que partieron entonces del estudiantado y los trabajadores, el sector castrense se manifestó en un 86% en contra de ella, aunque los partidos políticos apenas si salieron mejor parados pues también se mostraron renuentes en una proporción del 66% (Cfr., Schaposnik, 1987).

Por otra parte, no cuesta advertir el antagonismo y la prolongada incompatibilidad axiológica entre el militarismo y el movimiento estudiantil que, desde sus inicios ha desarrollado una fuerte campaña contra el espíritu guerrero y chovinista. La nueva generación reformista se enfrentó aquí con toda una plataforma patrioter a la cual le opuso la consigna de vivir y no de morir gloriosamente, de evitar el derramamiento de sangre juvenil salvo en defensa de legítimos ideales como el combatir dictaduras, hasta inclinarse por una alternativa que prefiere un siglo de revolución a cuatro días de tiranía. Con esas premisas insurreccionales, podrá comprenderse en buena medida la trágica historia de nuestras naciones, teñida por la persecución, la cárcel, el exilio y el mismo exterminio físico que ha sufrido el estudiantado latinoamericano.

Además de la preservación del demos y el autonomismo universitarios, esa cruzada juvenil bregó por la Segunda Independencia, por la emancipación intelectual, social y nacional, responsabilizando primordialmente al imperialismo y a la cultura utilitaria de Occidente por el atraso de nuestros pueblos. En complicidad con los bárbaros del Norte, los sectores gobernantes aparecen en la mira como sus aliados incondicionales: las oligarquías criollas, los grandes terratenientes y comerciantes, el clero y las fuerzas armadas, los políticos engañosos que frenan la concientización de las masas.

Como respuesta a la xenofobia y al provincianismo se fue articulando una plataforma operativa cuyas principales banderas implicaron diversos elementos aglutinantes a partir del ideal americanista, con el cual se apuntaba a fusionar nuestros estados en un conglomerado de naciones ante los peligros comunes que amenazaban la integridad territorial. Junto con las diferentes aproximaciones a los indígenas, obreros y campesinos, se estrecharon los contactos con las juventudes del mundo y muy especialmente la unión con el estudiantado latinoamericano, tanto para favorecer el intercambio académico e intelectual como para estimular la protección mutua. Los espurios conflictos fronterizos entre Argentina, Brasil, Chile, Perú, Bolivia, Paraguay y los países que conforman otras regiones de nuestro continente no fueron óbice para cultivar esa fraternidad sino que además fueron valientemente repelidos y desenmascarados por los mismos estudiantes en cuestión, quienes

no sólo propusieron soluciones para sortear dichos enfrentamientos sino que también llegaron a establecer toda clase de acuerdos y convenios en favor de dicho afán integrador. Frente al separatismo invocado por los intereses armamentistas, el alumnado chileno de derecho sintétizó una posición ilustrativa:

[...] la juventud americana es hija de una sola patria, que se extiende desde Méjico hasta el cabo de Hornos, y desde el Atlántico hasta el Pacífico [...] es su más vehemente anhelo ver abolidas las funestas barreras económicas que separan a las distintas naciones hermanas de la América Latina con grave perjuicio para el progreso y el bienestar colectivo, y en exclusivo provecho de 'unos cuantos explotadores' (Mazo, 1927, 6, 315-6).

En medio de esa empresa, el movimiento estudiantil, reconoció como grandes paladines a Ingenieros, Vasconcelos, Unamuno, Haya de la Torre, Varona, o Palacios, quien, reflejando una convicción generalizada, enfatizó que los cimientos para una confederación iberoamericana debían ser colocados por la juventud "libre de compromisos con el pasado y de mezquinas rivalidades" (Palacios, 1957,288). El aprista peruano Antenor Orrego, autor de ese libro fundamental sobre nuestra América como pueblo-continente, refrendaría esas expresiones cuando, señalando que la universidad latinoamericana era eminentemente una escuela de civilidad y cuyo estudiantado poseía una extraordinaria vocación de entrega a las causas humanitarias y colectivas que lo convertían en "forjador y plasmador espiritual de su propio maestro" (Del Mazo, 1941,3,. 186). El propio Palacios ayudaría a imprimirle un enérgico empuje a ese proyecto americanista, desde una Universidad como la de La Plata, que se erigió en un baluarte reformista y en un hogar donde convivieron numerosas camadas de estudiantes oriundos de los rincones más diversos de nuestro continente.

Al fin de cuentas, nos topamos con dos enfoques difícilmente conciliables del saber y la universidad. Una visión tradicional subraya el papel del educador en detrimento del alumno, tal como fue encarnada crudamente por el costarricense Luis Barahona Jiménez: "Pensar es el oficio del profesor", quien constituye el "alma de la universidad", mientras que los estudiantes van "a la universidad en busca de un instrumento que les permita mejorar su condición económica y social sin que les preocupen poco ni mucho los fines elevados de la misma" (O. España, 82).

Frente a ello, el abordaje de la Reforma tiende a encuadrar a la universidad como una república de estudiantes, tanto en su sentido más restringido, centrando el proceso educativo en el alumno, como en una acepción más

amplia que abarca a la comunidad electiva de maestros y discípulas regida por una mayoría efectiva y basada en la índole soberana de sus claustros. Una universidad que, además de conllevar el doble sello del universalismo y la particularidad, del diálogo de las culturas, de la unidad en la diversidad y la diversidad en la unidad- contiene un germen solidarista continental. Si la universidad -como la define Florentino Sanguinetti- es una casa vacía y si la ciencia equivale a un organismo ciego, se trata de no instrumentar el conocimiento para minoritarios pero poderosos intereses, de dejar de creer que las universidades latinoamericanas pueden hacer gala de apoliticismo y flotar como islas en un mar de injusticias.

Si la justa independentista y si el accionar sistemático del estudiantado cien años después aportaron intensos vientos a favor de una integración equitativa de la sociedad iberoamericana, ¿podrá materializarse para el bicentenario ese dorado sueño continental, en un mundo que, pese a perfilar grandes espacios y colectividades supranacionales, sostiene a rajatabla las identidades culturales? Un criterio menos dubitativo nos llevaría a concluir que seguirá siendo una ardua tarea histórica la plasmación de Amerindia, esto es, de una comunidad latinoamericana y caribeña en relativo pie de igualdad.

Enfrentando el futuro

Aunque no se trate de un caso de profunda declinación, por distintas razones parece hallarse más acotado el primitivo activismo estudiantil. Simultáneamente, cabe replantear algunas insignias reformistas, como la participación de los graduados o la marginación de los no docentes, la relación con el ámbito empresarial, la consigna anticlerical. Sin embargo no ha disminuido en cambio para nada la trascendencia de la institución universitaria -tanto en su dinámica interna cuanto en sus vínculos con el medio circundante. Por lo contrario, aquello que tradicionalmente fue calificado como enseñanza superior, el nivel terciario, resulta hoy harto insuficiente ante las nuevas exigencias académicas y del propio mundo exterior. Tales demandas no sólo reclaman los estudios cuaternarios y la capacitación posdoctoral sino también, en definitiva, hasta la misma educación permanente.

Un programa como el de la integración continental, que suscitó tantos desvelos y sacrificios generacionales, no puede quedar así meramente librado al hombre de negocios y a un empresariado escasamente innovador y competitivo como existe en la mayoría de nuestros países latinoamericanos.

El llamado Mercosur tendrá que adoptar en definitiva un perfil más humanista y acorde con los avances científicos; hacer que se materialice el mentado Mercosur del Conocimiento si, por ejemplo, interesa realmente no permanecer excluido del Club de la Globalización.

Una de las tareas esenciales del Mercosur debe consistir pues en tomar como referente clave a la universidad, más allá del imperativo que exige reducir el serio déficit que dicha corporación trasunta entre nosotros en cuestiones tan determinantes como la preparación de técnicos y profesionales. Deficiencia que, junto a las restricciones presupuestarias, cabe ser adjudicada, principalmente, al desaliento que sufre la evolución científica y económica endógenas ante las políticas de transnacionalización -hoy encubiertas bajo el eufemismo de la globalización.

Tampoco cabe subestimar la crisis que también afecta a la universidad, en cuanto a las limitaciones para ejercer el primado mundial de la investigación, en el destiempo que se establece entre su propia dinámica y los cambios políticos y económicos dentro de cada región, o en su capacidad para atender las demandas sociales que se depositan en ella y la transferencia de sus resultados al sector productivo.

Con todo, la reivindicación de la universidad pública, el fortalecimiento del cogobierno y la gratuidad de la enseñanza, implican requisitos básicos para aproximarse a uno de los máximos objetivos pedagógicos y políticos de la fecunda herencia reformista: el contenido social, la universidad universalizable. De tal manera, se apunta a un tipo de institución que, según apuntara Gregorio Bermann, no pretenda colocarse por encima de la contienda; una concepción que dicho movimiento estudiantil se rehusó a seguir, por tratarse de una "falsa ruta que encubría la fuga, la ignorancia, ingenuidad y ceguera de los problemas fundamentales" (Bermann, 126).

Bajo esa misma orientación, la universidad emerge como una casa de la esperanza, para sociedades débiles como las nuestras, con mayor responsabilidad que en otros países, porque, además de abocarse a la enseñanza y la investigación debe poseer una dimensión utópica, denunciando los desbordes del poder y los ajustes salvajes, fomentando el ideario integracionista pero para satisfacer a los sectores y las zonas más carenciadas. Una universidad que, como se deriva de aquella noble tradición reformista, no sólo sirva para formar profesionales y expertos sino que sea un auténtico agente democratizador que asuma la dirección ética e intelectual de nuestras naciones.

En consecuencia, cabe formular una propuesta específica: que se reconozca como aporte clave y oriundo del Mercosur Cultural el legado de la Reforma Universitaria y que se incorpore oficialmente a su eventual calendario el día 15 de junio como una de las fechas más connotadas.

Bibliografía

- Agosti, Héctor P., "Ingenieros y el antiimperialismo latinoamericano", *Clarín*, 24 mayo 1973. Ares Pons, Jorge, *Universidad: ¿anarquía organizada?* Montevideo, Libr. Facultad Humanidades, 1995.
- Bermann, Gregorio, *Juventud de América*. México, Cuadernos Americanos, 1946. Biagini, Hugo E., "El paradigma de la Reforma Universitaria en América latina", *Desmemoria*, 13/14, 1997.
- Biagini, Hugo E., "La Universidad de La Plata y sus relaciones con Latinoamérica y España", en su *Historia ideológica y poder social*. B. Aires, Cedral, 1992, v. 2.
- Cancino Troncoso, Hugo, *El movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba*. Odense Universitet, Romanske Centre, 1996.
- Coley, José G., *Crónicas sobre la universidad*. Barranquilla, Grafiimpresos Donado, 1996.
- Conclusiones deller. Congreso de Estudiantes Antiimperialistas de la América*. México, Confederación de Estudiantes Antiimperialistas de América, 1936.
- Congreso Latinoamericano de Estudiantes*. Montevideo, Comisión Organizadora, 1955. Costa
- Morosini, Marília (org.), *Universidade no Mercosul*. San Pablo, Cortez Editora, 1994.
- España, Olmedo (comp.), *Pensamiento universitario costarricense*. Heredia, Efun, 1996. Esquivel
- Larrondo, Juan (coord.), *La universidad hoy y mañana*. México, Unam, 1995.
- González Casanova, Pablo, "Pensar en la universidad", *Cuadernos Americanos*, 20, 1990.
- Las juventudes universitarias de América imprimen nuevos rumbos a los problemas político-sociales del continente*. Sucre, Federación de Estudiantes, 1926.
- Licha, Isabel, *La investigación y las universidades*. México, Uduel, 1996.
- Mazo, Gabriel del, *El movimiento de la Reforma universitaria en América latina*. Lima, Universidad Nacional Federico Villarreal, 1966.
- Mazo, Gabriel del, *Reforma universitaria y cultura nacional*. B. Aires, Raigal, 1955.
- Mazo, G. del (comp.), *La Reforma Universitaria*, B. Aires, Federación Universitaria, 1927, t. 6.
- Mazo, G. del (comp.), *La Reforma Universitaria*. La Plata, Centro de Estudiantes de Ingeniería, 1941, 3 tomos.
- Mazo, G. del (comp.), *La Reforma Universitaria*. Lima, Universidad de San Marcos, 1968, 3 tomos
- Memoria del Congreso Universitario Americano*. Montevideo, ?, 1931, 2 tomos.
- Mendes Catani, Afrinjio (org.), *Universidade na América Latina*. San Pablo, Cortez, 1996.

- Mendieta Núñez, Lucio, *La universidad creadora*. México, Unam, 1957.
- Olivera, Manuel J.I., *La universidad, sus problemas y cambios sociales*. Uma, Edit. San Marcos, 1988.
- Ortiz, Renato, *Mundialización y cultura*. B. Aires, Alianza, 1997.
- Palacios, Alfredo L., *La universidad nueva*. B. Aires, Gleizer, 1957.
- Primer Congreso Internacional de Estudiantes de la Gran Colombia*. Bogotá, J. Casis De., 1910.
- Recondo, Gregorio, *Identidad, integración y creación cultural en América Latina*. B. Aires, Unesco/Edit. de Belgrano, 1997.
- Recondo, Gregorio (comp.), *Mercosur: La dimensión cultural de la integración*. B. Aires, Ciccus, 1997.
- Ramírez Novoa, E., *La Reforma Universitaria*. B. Aires, Atahualpa, 1956.
- Relación Oficial del Primer Congreso Intemacional de Estudiantes Americanos. Evolución* (Montevideo), tomo 3, año 3, n° 3; marzo, abril, mayo y junio de 1908; 375 págs.
- Relación Oficial del Segundo Congreso Internacional de Estudiantes Americanos*. Buenos Aires, Federación Universitaria, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, tomo 1, 1912, 492 págs.; tomo 1, 1914, 652 págs.
- Relación Oficial del Tercer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos*. Lima, Oficina Tipogr. de La Opinión Nacional, 1910.
- Rodríguez, Roberto, "Masificación, reforma y crisis de la universidad", en AA.W, *Nuevasperspectivas criticas sobre la universidad*. México, Unam, 1989.
- Roubik, C. y Schmidt, M., *Los orígenes de la integración latinoamericana*. México. IPGH, 1994.
- Ruiz, Angel, *Universidad y sociedad en América latina*. San José, C. Rica, Flacso, 1995.
- Schaposnik, Eduardo C., "La universidad y la integración latinoamericana", en AA.W., *La nueva reforma universitaria*. San Luis, Edit. Universitaria, 1987.
- W.AA., *El radicalismo americanista de Hipólito Yrigoyen*. B. Aires, Ateneo Radical, 1933.
- W.AA., "Nacionalismo y Latinoamericanismo en México y la Universidad", *Nuestra América*, 14, 1985. WAA., *Primera Cumbre Iberoamericana*. México, FCE, 1992.
- WAA., *Reflexiones de fin de siglo*. B. Aires, Cacid, 1996.
- WAA., *La RefOrma Universitaria en A. Latina*. Leyden, Conferencia Intemacional de Estudiantes, Cosec, 1960.
- WAA., *Sexta Asamblea General de la Unión de Universidades de A. Latina*. México, Udual, 1971.
- WAA., *La universidad latinoamericana en el fin de siglo*. México, Udual, 1995.